

INAUGURACION AÑO ACADEMICO
FACULTAD DE ARQUITECTURA Y BELLAS ARTES
Abril 12, 1994.

Es esta una tarde solemne y alegre en la que iniciamos formalmente el año académico en el curso del cual conmemoraremos los cien años de la enseñanza de arquitectura en nuestra universidad, el nacimiento de la primera escuela de arquitectura en el país y el comienzo de una hermosa aventura de creación colectiva y de maduración cultural. No puedo aspirar a explicar ante ustedes lo que esta fecha y esta trayectoria significan si se las mira desde el punto de vista de la arquitectura misma. Eso tienen que hacerlo los que ejercen esa profesión y se hallan impregnados de sus inquietudes, ilusiones y problemas. Lo que sí quiero es esbozar de modo muy incompleto y tentativo por cierto -lo que esta Escuela y esta Facultad han significado desde la perspectiva de la Universidad. Las ideas que expongo, sean ellas acertadas o erróneas son algo así como el homenaje que el Rector trae a nombre de toda la universidad en esta fecha que a todos nos alegra, a esta conmemoración que nos compromete a todos.

¿Qué es lo que ha sido para nosotros la Escuela de Arquitectura?. Ella ha sido primero un foco que ha irradiado innovación cultural. Lo hizo, primero trayendo el Arte a la universidad ; en segundo lugar buscando reiteradamente discernir qué es lo que era lo más esencial de su tarea; y finalmente, llevado el brillo de la universidad a otros ambientes académicos, a todo el país y mucho más allá de nuestras fronteras. Otro expositor podría hacer énfasis distintos, y ciertamente se podría tocar aspectos que fueran más esenciales. Pero, así y todo, creo que estos servirán para explicar por qué se alegra la universidad con ustedes en este centenario.

Hablaba de innovación cultural. Y ocurre que un rol central de una universidad es este de la innovación cultural. Diríase que la vida misma de la universidad se presta para ello. En efecto, en ella conviven grupos inquietos y creativos de muy variados rasgos, que configuran un ambiente social análogo en cierta medida al del mundo en general. Y ese medio es necesario, porque una innovación no existe desde el momento en que ella es propuesta, sino desde el instante en que ella es adoptada, en que se incorpora a la sociedad. La más simple analogía es la de la innovación lingüística. Una palabra, un giro, no son innovación en el lenguaje mientras no son adoptados por la sociedad. La sociedad universitaria tiene siempre un carácter de anticipación respecto de la vida social en general: ella sopesa, juzga, finalmente adopta o rechaza la innovación. Así lo que ocurre con un determinado descubrimiento cultural en el interior de la universidad, es como un adelanto de la entrada del mismo en el mundo extrauniversitario.

En nuestro siglo y en Chile eso se ha dado una y otra vez. Una mirada al pasado nos muestra como la economía moderna, otras ciencias sociales, las ingenierías, la medicina científica, la pedagogía, fueron propuestas y adoptadas al interior de las

universidades, y derramadas luego por estas fuera de sus claustros, para que alcanzaran su pleno auge y significación. Vivimos cada día en el ambiente que crearon las innovaciones del pasado. Una sola mirada nos convence de cuánto esas innovaciones han enriquecido y fortalecido nuestras vidas. Y esa mirada es entonces como un estímulo que recibimos para enriquecer nosotros también nuestro mundo, no repitiendo, no pegándonos al rastro ajeno, sino para que recuperemos el valor originario de la creación, y traigamos nosotros también a luz lo que es verdaderamente nuevo. En las palabras de Martin Buber: "no hacer lo que está ya hecho, sino lo que está para hacerse" Nicht Getanes tun sondern das Zutuende".

Por eso un año del Centenario, no es un año para acordarse nostálgicamente del camino andado, sino un año para templar la voluntad de hacer, un año para afinar el entendimiento y la sensibilidad, para entender cuál es el llamado del presente que nos permita proyectarnos de modo innovador hacia el porvenir.

Lo que tenemos hoy tiende a parecernos obvio, como si hubiera estado siempre allí. Por lo mismo es ahora la ocasión de tomar conciencia de que todo lo que tenemos es esfuerzo ajeno, es don de otros, y que esa condición de darse y de darnos es lo mejor que tiene la existencia humana.

1.- La instalación de las artes.

Nuestra facultad de Arquitectura y Bellas Artes, es desde 1920 la continuadora de la Escuela y antes de ella del Curso de Arquitectura de nuestra Universidad, creado hace cien años.

Nuestra facultad ha cumplido la innovación esencial de instalar las artes en la Universidad. No es fácil entender a primera vista cuán importante innovación es esta. La universidad está formada tradicionalmente por disciplinas articuladas para configurar un campo de saber. El Arte del que hablamos hoy es - no necesito decirlo - algo muy distinto de las "Artes" de una Facultad Medieval. En aquel entonces se trataba simplemente de los miembros (artus), articulados de un conjunto curricular. El arte en el que pensamos hoy se refiere a esa totalidad, a esa unidad, que es la obra. Podríamos decir que la universidad fue pensada originariamente como un ente analítico; mientras que el arte tendrá siempre una connotación holística, sentirá la atracción de la unidad.

El compromiso de nuestra facultad con el Arte, y el don que ella le ha hecho de él a la Universidad, se reflejan claramente en las múltiples ramificaciones de la Escuela de Arquitectura. Arquitectos estuvieron al inicio de nuestro teatro; arquitecto fue el originador de nuestro Coro universitario de donde había de salir finalmente nuestro instituto de música; arquitectos fueron los que iniciaron nuestra escuela de arte; arquitectos en fin los que crearon nuestra escuela de diseño. El carácter experimental, de esa búsqueda de experiencias estéticas a través de medios diversos, lleva la impronta de una generación particularmente creativa de arquitectos provenientes de

nuestra propia escuela. La escuela de arquitectura no sólo ha sido importante para la marcha y desarrollo de la universidad, sino que ha determinado una nueva forma de hacer y vivir la universidad.

Pero esta magnífica floración respondió a una manera de sentir la arquitectura, ligada a experiencias de creación estética contemporáneas. La arquitectura de vanguardia fue impulsada por la generación de Sergio Larraín de modo singularmente creativo, desplazando tendencias academicistas que habían tenido ya su hora. Y esto significaba una apertura decidida y consciente hacia todas las fuerzas vitales de creación artística que se pudieran percibir.

Pero las profundas reformas de la década del cuarenta no se entienden sin el antecedente histórico de la obra adelantada por los mismos a quienes esa reforma vino a desplazar. Existía un terreno preparado, una tímida pero verdadera tradición. El calor de las polémicas con las que alrededor de 1945 se desterró el estilo llamado clásico, no debe pues hacernos olvidar que esas polémicas no habrían tenido vida ni sentido si no se hubiera sembrado en casi medio siglo la convicción de que la obra arquitectónica tenía una dimensión especial en la que debían resplandecer su unidad y gratuidad. Había sido el modelo de Beaux Arts implantado entre nosotros por Emilio Jecquier, y aun antes que él la influencia de Cremonesi las que habían marcado a la naciente Escuela. Singularmente el modelo del taller importado de Beaux Arts había de marcar un siglo de historia e inquietudes.

Ya desde 1894 y 1895, esa determinación de darle sistemáticamente un espacio a la creación, había impreso su sello sobre la Escuela aun cuando esta hubiera nacido ligada al curso de Matemáticas. Fernando Pérez ha apuntado al hecho de que esta coexistencia del aspecto politécnico como ámbito de aplicación de conocimientos ligado a la ingeniería y el aspecto artístico ligado al modelo de Beaux Arts, constituye una marca interesante del destino histórico de esta escuela, así como también de la de la Universidad de Chile.

Decía al comienzo que la innovación cultural es propuesta y aceptada primero en la vida de una comunidad universitaria, y luego ofrecida a la sociedad con la que esta comunidad se relaciona. En el Chile del siglo XIX no habían faltado los intentos precursores, los esfuerzos por introducir la arquitectura. Las clases de Brunet en el Instituto Nacional desde 1849 marcaron tal vez el primer intento de la época republicana de sacar a la arquitectura de las simples necesidades constructivas. Henault en 1857 hace clases en la sección de Bellas Artes dentro de la estructura especial que tenía en aquel tiempo la Universidad de Chile, pero todos estos esfuerzos, aunque coronados de algún éxito, eran de corta vida, intentos extinguidos después de pocos años, hasta el punto de que Ignacio Domeyko en 1882 decía que la enseñanza de Arquitectura entre nosotros "pertenece más bien a la ciencia politécnica que a las Bellas Artes". Se había hecho tal vez una propuesta, pero ella no había sido comprendida, y por ende aceptada: no había habido innovación. En ese contexto, no es raro que la determinación de la autoridad de la recién creada Universidad Católica, de establecer los estudios de arquitectura, haya sido muy imprecisa en su formulación.

Los que la habían tomado eran hombres ajenos por entero a la arquitectura, y por mucho que vieran la necesidad de lo que intentaban, no tenían claridad alguna de intenciones.

Véanse por ejemplo las palabras de Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas fundador y primer rector de esta universidad. Hace justamente cien años, el 10 de abril de 1894, él informaba al Arzobispo de Santiago: "En el presente año se ha creído conveniente establecer las clases de Construcción y Arquitectura, que ofrecen a la juventud una carrera nueva e interesante....." No se advertía en sus palabras ni sospecha del futuro sentido de la Escuela, y se percibe que pensaba en una profesión más ligada a las técnicas que al rol artístico y creativo del arquitecto. Esta visión se hallaba en la perspectiva de que la universidad católica debía poner un énfasis especial en carreras tecnológicas ligadas al progreso del país, y no descansar en forma exclusiva en el Derecho y las Humanidades. Cuatro años antes de la fecha que recuerdo, en la solemne asamblea inaugural de la universidad católica, ese había sido justamente el tema que había escogido para desarrollar en su discurso, Don Abdón Cifuentes, secretario general y padre del que había de ser el primer arquitecto titulado en nuestra casa, Manuel Cifuentes Gómez. Había insistido Cifuentes sobre la necesidad de diversificar la enseñanza universitaria y de abrirla hacia campos tecnológicos diversos y aun inexplorados en Chile. Esta era la demanda, sincera, generosa, pero ciertamente estrecha, que le hacía la sociedad a la naciente escuela de arquitectura, y se la hacía a través de las propias autoridades que la estaban fundando.

Pero este primer impulso iba a desempeñar el rol de una convocatoria. Ha sido un rasgo muy propio en la evolución de esta universidad este de depositar su confianza en grupos de personas creativas y de creerle más a la libertad creadora que a las directrices de la autoridad. No fue otra cosa lo que ocurrió con Medicina, o con Ingeniería o con las Ciencias o con Agronomía, para no mencionar sino unos pocos casos. En todos ellos, y por supuesto en el de Arquitectura que hoy día nos ocupa, la universidad les dio albergue a grupos humanos muy disímiles y dentro de un amplio marco generoso, confió en su iniciativa y en su capacidad creadora. Pienso también que esa disposición de la universidad arraiga finalmente en su condición de institución de la iglesia. No es que las cosas de la iglesia estén libres de ser ideologizadas o de ser puestas al servicio de intereses subalternos, sino que en ellas late siempre una llamada a otra cosa, una llamada a ser más, a ser más fieles con el hombre, en la medida en que son más fieles a Dios, a abrirle a aquel un cauce más amplio, en último término sin otra razón que esta, que el hombre "es la única creatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma" y porque en esa virtud, el ser humano es el camino de la iglesia. Y eso debe decirse con especial fuerza del ser humano en su totalidad, como creatura y como creador. Yo creo que el secreto de la creatividad que en esta universidad han podido desplegar tantos grupos humanos puestos a tareas tan distintas, se halla indisolublemente ligado a esta disposición institucional a mirar todas las cosas del hombre "kat holon", católicamente, según la totalidad.

El eco público de esa novedad gestada al interior de la escuela, aparece en el álbum publicado en 1923 con las realizaciones de nuestros arquitectos apenas tres años

después de que la Universidad en 1920 había decidido erigir la escuela de arquitectura en Facultad. La obra arquitectónica que campea en esas páginas no es un apéndice destinado a embellecer la tecnología de la construcción, sino un esfuerzo colectivo por hacer más hermoso y más digno el espacio urbano de Santiago. Allí está el fruto primero de los talleres de Jecquier y de las clases de dibujo de Cremonesi. Ha surgido y se ha instalado una cosa nueva entre nosotros, generada primero en el modesto interior de la universidad, expuesta luego a la crítica del público, propuesta a él como una nueva exigencia cultural y social. No ya una actividad esporádica, ni menos una preocupación de embellecimiento superficial de las construcciones. La escuela, el taller en la escuela, le han regalado al país la arquitectura. No éramos ciertamente los únicos en ese empeño; pero nuestra contribución resultó decisiva. Lo que se había gestado como nuevo en el interior de la universidad era ofrecido a la ciudad y aceptado por ella.

Un resto inextirpable de nuestra tradición retórica es el de pensar que estas propuestas innovativas han de ser principalmente verbales. No han faltado por cierto los manifiestos y discursos en la vida de la escuela, y no vendría yo a restarles valor y trascendencia. Pero en último término, cada cual habla con su lenguaje propio. Y el lenguaje del arquitecto es la obra arquitectónica, y su propuesta es esa obra, y la innovación se perfecciona cuando esa obra es entendida y adoptada, como se perfecciona un cambio lingüístico cuando la nueva palabra, el nuevo giro, es adoptado.

2.- Los modos de pensar la arquitectura.

Un segundo rasgo que interesa destacar en este inventario parcial de lo que la Universidad le debe a Arquitectura es la disposición que hay en la Escuela a un cuestionamiento constante de su actividad, a una averiguación inquisitiva de las razones y modos de hacer arquitectura. Fue tal vez en el Renacimiento cuando se sacó a esta de su condición práctica de oficio y se la transformó en un problema intelectual. Es inevitable que en ella y en la medida en que su práctica sea genuina, se han de dar las tensiones entre utilidad y gratuidad, entre conocimiento aplicado y creación, entre análisis y globalidad, entre arte y sociedad. Tensiones siempre presentes, pero que se han hecho mucho más explícitas en el curso de nuestro siglo, y que se reflejan, no en tal o cual forma de practicar la arquitectura sino ya en la primera aproximación a ella. Ello explica la importancia asumida por el curso o los cursos introductorios de arquitectura, el ardor y la constancia de los debates en torno a ellos y la forma en que en ellos se ha jugado el sentido mismo de la carrera. Yo creo que esta intuición de que la arquitectura se define en un primer contacto, podría quizá decirse en un primer curso, da testimonio de que ella es un estilo de vida, y representa una certera intuición, un don, un regalo que le ofrece nuestra escuela a la universidad donde a menudo se olvida el carácter determinante que tienen los cursos iniciales. Porque en ese momento se confronta la aproximación analítica, propia de los currículos, laboriosamente articulados, a una aproximación globalizante. Ya se refiera esta a una capacidad plástica madura, ya a una apertura a la realidad total, ella solicita, requiere, al ser humano entero.

Esta es una lección que rebasa el ámbito de la arquitectura. Si bien lo miramos, también en el fondo del cultivo de cada ciencia, de cada disciplina, de cualquier naturaleza que ella sea y por muy escondido que se lo tenga, está lo humano, el camino del que busca aprehender el conjunto que se oculta en la oscura e imprecisa realidad. Esa es en el fondo la razón por la cual el maestro no puede ser suprimido, por la cual no hay ningún sustituto hasta hoy para esa cosa sencilla y compleja que es la actitud del que explora y enseña, del que asume su propia ignorancia y busca un sentido en las cosas, actitud en la cual adquiere contornos humanos la más abstracta de las ciencias. Arquitectura le recuerda al resto de la universidad, el valor y significación del camino que se endereza hacia el todo y la unidad.

Así el taller introducido en plenitud por Jecquier, marcó el destino de la escuela, en forma tal que cuarenta años más tarde la polémica vino a darse en torno al contenido y objetivos del propio taller. Se explica de nuevo, pensando que la arquitectura más que un oficio, o una profesión, es una manera de ejercer la condición humana.

Hubo un momento decisivo en la historia de la escuela y en la historia de la significación de esta para la universidad, momento que es bien ilustrativo del poder creador que han tenido las tensiones en arquitectura. Es el momento de la entrada de la arquitectura moderna que informa el decanato de Sergio Larraín. La exigencia de racionalidad y funcionalidad que esa arquitectura trae se conjuga con la inmensa oleada democratizadora que siguió a la primera guerra mundial, arrasando diferencias sociales y de oficio y abriendo un nuevo orden de esperanza para una humanidad martirizada. El enorme sacudón cultural es recibido y asimilado, no en forma de discurso o ideologías sino en su impacto específicamente arquitectónico. Un buen ejemplo de ello lo da el influjo de Bauhaus llegado principalmente a través de Josef Albers. El valor que tuvo esa enseñanza no puede ser exagerado. Pero ella fue efectiva porque existía una predisposición a recibirla, una voluntad de explorar las virtualidades de la obra arquitectónica abriéndose al viento de la modernidad. Sin esa inquietud previa no habría existido polémica, y sin la polémica no habría habido tensión ni creación, no se habría quemado el libro de Vignola ni se habría abierto paso a una nueva concepción. Albers traía la tradición de un curso introductorio, el famoso Vorkurs, en el que se intentaba la enseñanza general de la configuración. Pero eso significaba que traía una concepción nueva de la arquitectura, que como tal no se incorporaba al término de los estudios como una especie de coronación de una carrera, sino al comienzo de ellos, en su etapa germinal, de modo que se hacía una apuesta radical por las nuevas ideas. Y ¿qué recibía el que recibía esa nueva arquitectura?.

En el manifiesto de Bauhaus Gropius había llamado a una nueva concepción de la unidad de los trabajos (tekton) sobre los que preside el principio (arjé) de la arquitectura, y ello ligado a una negación de la diferencia esencial entre la condición del artista y la del artesano, arraigada en una visión igualitaria de la humanidad, proyectada hacia la utopía de "la nueva construcción del futuro, que lo será todo en una estructura única : arquitectura y pintura, que, de millones de manos artesanas se alzarán un día hacia el cielo como el símbolo cristalino de una nueva fe venidera". ¡El símbolo

cristalino! "Das kristallne Sinnbild". ¿No están prefigurados en esa imagen los altos edificios transparentes de Mies van der Rohe?. ¡Grandeza y miseria de las utopías! Porque los edificios de cristal son menos resplandecientes que la visión que deslumbraba a Walter Gropius. Pero es ciertamente aleccionadora y ejemplar esa mirada de descubridor que abarca en una concepción global el arte y el trabajo, la rigurosa funcionalidad así como los anhelos de vida y significación de inmensas multitudes, mirada compasiva del que quisiera "aliviar de innecesario lastre la existencia humana". Sólo un artista podía mirar así.

Pero la llamada del manifiesto de Gropius: "Arquitectos, escultores, pintores, todos debemos volver al trabajo de las manos" "Architekten, Bildhauer, Maler, wir alle müssen zum Handwerk zurück" enlaza a la arquitectura, no sólo con la artesanía, sino con la producción, con la estructura social, con toda la condición humana de su época. Y como tal fue recibida.

La aceptación de criterios de racionalidad y de funcionalidad que había marcado la reforma de los estudios en la década de los cuarenta, y que provenía de la influencia no sólo del Bauhaus sino también de Le Corbusier, tenía que extender la mirada del arquitecto más allá de los límites que la estrecha tradición chilena le asignaba. La ciudad, el sitio de trabajo, la vivienda social, el ambiente urbano, el medio ambiente son campos abarcados en esta evolución, y en los cuales la escuela vierte a través de la creación sucesiva de Departamentos, Centros e Institutos la condición de tensión entre el impulso analítico y la visión de totalidad de la obra arquitectónica.

No podría yo esbozar de modo competente la enorme riqueza de estos debates. Sólo quiero insistir sobre el carácter ejemplar de nuestra escuela donde ellos se han dado, donde han venido a enriquecer la enseñanza desde los primeros cursos, donde ellos han significado un continuo y constructivo enriquecimiento centrado en la obra de arquitectura, y desde donde, y es eso lo que me interesa destacar, ellos le recuerdan a toda la universidad la necesidad de pensar sobre sí misma, no en un abstracto discurso ideológico tantas veces vacío, sino en la riqueza concreta de un oficio o de una obra.

De nuevo aquí se tropieza con el carácter ejemplar de una acción humana. Es cierto que la arquitectura es distinta de otras actividades. Pero si esa diferencia es explorada hasta el fondo nos lleva al núcleo mismo que compartimos con ella, a aquello que a todos nos es común. Lo excepcional es por eso a menudo ejemplar. La voluntad siempre reiterada de radicar el propio oficio en una relación totalizante, abarcadora con todas las dimensiones de lo humano es la lección que nos deja esta escuela.

3.- La difusión.

También es esa disposición inquisitiva y crítica la que ha dado origen a algunas de las más paradójicas demostraciones de vitalidad de nuestra escuela. Desde la Edad Media se conoce el fenómeno de las divisiones, como fue el nacimiento de Oxford engendrado por París, las escisiones en las universidades, cuyos maestros separan caminos y se van fundar en otro sitio. Así se originó un día la escuela de Arquitectura

de la Universidad Católica de Valparaíso, bajo el brillante liderazgo de Alberto Cruz, uno de los profesores más distinguidos de nuestra propia escuela. Así se originó años más tarde la división en tres departamentos de diferente orientación, y que por mucho que fuera difícil de mantener desde el punto de vista organizacional evidenciaba la vitalidad y bullente inquietud de la escuela. Y si bien se lo piensa no esta a menor ni la menos ejemplar de las riquezas de la escuela.

Esa siembra universitaria es paralela a otra, a la de urbanizaciones, fábricas, casas, obras de clásica importancia como son el edificio de la CEPAL entre nosotros, el Ministerio de Finanzas en París, testigos todos de un oficio ilustrado, hecho de talento, de ardiente paciencia y de rigor.

No puede haber ninguna duda de que esta fecundidad de la escuela es también un testimonio y una enseñanza para la universidad.

De este modo y repetidas veces a lo largo de un siglo, una imagen intelectual, una idea de la arquitectura, ha ido contrastándose con la experiencia y sin perder su vitalidad primera ha ido adquiriendo formas inesperadas y un destino que no era sospechado por quienes primero la lanzaron. Se ha cumplido así en ese trayecto histórico la palabra de Goëthe a Schopenhauer que era querida a los hombres de Bauhaus. "Idea y experiencia no se encontrarán jamás a mitad de camino: sólo pueden unirse por medio del arte y la acción".

Sus primeros cien años encuentran a la escuela de arquitectura siempre atenta a nuevos modos de hacer arquitectura y a nuevos modos de hacer universidad. Al hablar hoy día en esta inauguración del año académico, yo quisiera traerles el saludo, no sólo de la Dirección Superior, sino el de toda la universidad, que ha albergado esta vida ardiente y esforzada, y que de ella ha tomado muchas veces un modo distinto de mirar, de entender y de sentir; que ha visto como su vida se enriquecía con el desarrollo de esta parte suya, y que les desea que sigan en este empeño abierto y creador.

Como decía hace un momento, la fuerza de esta universidad ha radicado en la libertad creadora de una institución que es de la iglesia; que por lo tanto cree que el hombre está hecho a la imagen y semejanza de Dios y destinado a colaborar en la obra de Su creación, que por eso mismo no quisiera verlo amarrado por ideologías ni por convicciones caducas ni por intereses mezquinos, sino plenamente libre y abierto a la verdad, y por eso mismo dispuesto a dejar que se ilumine su vida con el misterio el Verbo Encarnado.

Esa perspectiva es la que nos lleva una vez más, tal como aconteció en el inicio de estos estudios de arquitectura en nuestra universidad, a poner esta empresa en las manos de Dios para cuya gloria ella fue concebida, y sabiendo bien que es de su protección de lo que ella ha vivido. Tal vez resulte adecuado meditar en esta casa de arquitectos con la palabras del salmista "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; si el Señor no guarda la ciudad, el centinela se desvela en vano..."

Al Decano y a las autoridades académicas, a los profesores, a los estudiantes; a los ex-alumnos que nos acompañan; a quienes fueron autoridades o profesores de la escuela o de la universidad y que están hoy día con nosotros, ya sea física o espiritualmente; un saludo cordial y agradecido de la universidad entera que celebra este día como propio.

Asimismo una expresión de gratitud hacia todos aquellos que en los cien años de esta obra pusieron en ella lo mejor de sus vidas, que duermen hoy el sueño de la paz, y que están presentes entre nosotros esta tarde en el recuerdo, la oración y la esperanza.

Para esta Escuela de Arquitectura, para esta Facultad, el deseo que expresa el viejo saludo académico:

¡Que se fortalezca, que crezca, que florezca!

¡Vigeat, crescat et floreat!